

ta, y yo abrí. Junto á la puerta se quedaron dos soldados y entró en la estancia el sujeto desconocido que estaba en el café. Era un espía! «Seguidme!» dijo el hombre.—«Está bien» yo contesté... me puse las botas, el pantalón, los tirantes, y mientras esto hacía paseábame por el cuarto. Algo removíase en mi corazón, y yo me decía: es un cobarde!... De pronto me acerqué á la pared donde tenía colgado mi sable, lo tomé bruscamente y dije: «Eres un espía, defiéndete!» Dí rápidamente un pase á la derecha, otro á la izquierda, y dirigí el tercer golpe sobre la cabeza del mal hombre... El espía cayó á mis pies.



»Tomé mi maleta, el dinero que pude y salté por la ventana... Fuí á parar á la ciudad de Ems, en donde conocí al general Sazin. Me llegó á querer muchísimo, y cuando se fué á Rusia, me procuró un pasaporte del Embajador y me llevó consigo para que fuese el preceptor de sus hijos. Cuando el general Sazin murió, me llamó á su casa vuestra madre, y me dijo: «Karl Ivanovitch! A vos os confío mis hijos, amádes y yo no os abandonaré jamás, yo aseguraré el reposo de vuestra ancianidad!» Ahora ya no existe la pobre, y todo se ha olvidado. A cambio de mis veinte años de fieles y devotos servicios, véome ahora obligado, en mi avanzada edad, á andar errante por las calles en busca de un pedazo de pan duro. Dios lo ve todo, lo sabe todo, y ésta es su santa voluntad! Por vosotros, hijos míos, tengo yo pena...» acabó diciendo Karl Ivanovitch, y cogiéndome una mano me atrajo hacia sí y me besó en la frente.



## XI

### El primer "Uno"

DESPUÉS de todo un año de severo luto, nuestra abuela se rehizo un poco del gran dolor que la había tan hondamente herido, y empezó, aunque raramente, á recibir algunas visitas, sobre todo niños de nuestra edad, amigos y camaradas nuestros.

El día en que se cumplía el aniversario del nacimiento de Lubotchka, el 13 de diciembre, antes de comer, llegó á casa la princesa Kornakova con sus hijas, la señora Valakhina con Sonitchka, Ilinka Grap y los dos más jóvenes de los Ivine.

Los rumores de las conversaciones, las risas y las idas y venidas de los convidados subían claramente hasta nosotros, pero nosotros no podíamos juntarnos con ellos hasta que no hubiésemos terminado las clases de la mañana. En el cuadro que había en la sala de estudio leíase: *Lunes, de 2 á 3, maestro de historia y de geografía*; y precisamente aquel día nos tocaba aguardar á ese maestro de historia, escuchar su lección y despedirnos de él, antes que pudiésemos quedar libres. Eran ya las dos y veinte minutos y el maestro de historia no parecía por ninguna parte, aunque yo no dejaba de mirar hacia la calle por donde había de venir... con el más ardiente deseo de no verle nunca más.

—Diríase que Lebediev no vendrá hoy, —hizo Volodia, apartando un momento la vista del libro en que estudiaba su lección.

—Hiciéralo Dios... pues yo no sé absolutamente nada. No



obstante, helo aquí, pareceme que viene ahora,—exclamé con voz triste.

Volodia se levantó y se acercó á la ventana.

—No, no es él,—dijo—es un señor cualquiera. Aguardemos hasta las dos y media,—prosiguió estirándose y rascándose la cabeza, cosa que hacía siempre que descansaba un momento en su trabajo.—Si no ha llegado á las dos y media, podremos pedirle á Saint-Jerôme que cierre nuestros cuadernos.

—Vamos á ver, qué necesidad tendría de venir hoy?—añadí yo estirándome también y blandiendo por encima de mi cabeza el libro que sostenía con las dos manos.

No sabiendo qué hacer, abrí el libro por la página en que estaba mi lección y empecé distraídamente á leerla. La lección era larga y difícil, no sabía de ella una sola palabra y comprendí enseguida que no lograría retener de la misma una sola sílaba, con mayor motivo hallándome en ese especial estado de enervamiento en que la atención niégase á fijarse en cualquier cosa que sea.

En la última lección de historia, que siempre me pareció la más difícil y la más enojosa de las ciencias, Lebediev se había quejado de mí á Saint-Jerôme, y éste en el cuaderno de notas me había marcado *dos*, lo que era considerado como un mal signo. Saint-Jerôme me dijo entonces que si en la lección siguiente obtenía menos de *tres* sería muy severamente castigado. Y aquel día precisamente estábamos en esa «lección siguiente» y confieso con toda mi franqueza que sentía un gran miedo.

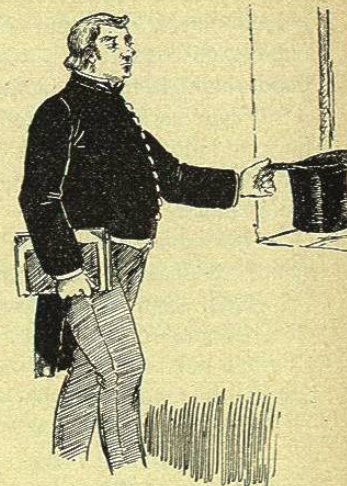
Estaba tan absorbido en recorrer esa lección para mí enteramente desconocida que me sorprendió de pronto, dándome el corazón un gran salto, escuchar rumor de pasos en la estancia próxima y apenas tuve tiempo de volverme que ya ví en el umbral de la puerta el rostro grotesco, repugnante para mí, aunque bien conocido y desagradable, del profesor de historia, con su fraque azul y sus dorados botones de la Universidad.

Dejó el maestro lentamente su sombrero en la repisa de la ventana, los cuadernos sobre la mesa, se levantó con gran cuidado los dos faldones del fraque, como si fuese cosa absolutamente necesaria, y lanzando un gran suspiro se sentó en su sitio acostumbrado.

—Vamos á ver, señores,—dijo frotando una con otra sus dos manos sudorosas—empecemos por recapitular lo que fué dicho en la lección anterior, y después trataré de haceros comprender la continuación de los acontecimientos de la Edad Media.

Esto quería decir: recitad vuestras lecciones.

Mientras Volodia la recitaba con la facilidad y el aplomo de los que se traen bien sabida su lección, yo, sin objeto ninguno y sin saber por qué, me salí hasta el descansillo de la escalera, dónde me hallé sin saber yo mismo cómo había llegado hasta allí. Mas, apenas me había instalado en mi acostumbrado sitio de observación—detrás de la puerta—cuando súbitamente Mimi, que era la causa sempiterna de mis desdichas, se me apareció delante exclamando: «Vos aquí?» y me miró severamente, miró luego hacia la puerta del cuarto de las criadas y volvió á posar en mí su irritadísima mirada.



Yo me sentí doblemente culpable, por estar fuera de la clase y por hallarme en sitio que ni era propio ni podía plausiblemente explicar; por todo ello me callé, é inclinando al suelo la cabeza expresé con toda mi persona el más sincero arrepentimiento.—«Pero, esto es inconcebible! exclamó Mimi. Qué hacéis aquí?»—Yo seguí callado.—«No, esto no puede quedar así!» añadió repicando con los dedos en la baranda de la escalera. «Yo se lo diré todo á la condesa».

Eran ya las tres menos cinco cuando volví á mi sitio en la clase. El profesor, como si no hubiese notado ni mi ausencia ni mi presencia, seguía explicando á Volodia la lección correspondiente. Cuando al terminar sus explicaciones empezó á cerrar lentamente el cuaderno, y fué Volodia á buscar en la otra estancia la estampilla, se me ocurrió la agradabilísima idea de que todo había concluído y que por aquel día se habían olvidado de mí. Pero de pronto el profesor, con una maliciosa sonrisa en los labios y dirigiéndose á mí:

—Espero que habréis ya aprendido vuestra lección?—hizo, frotándose las manos.

—Ciertamente,—contesté.

—Entonces, decidme algo de la cruzada de San Luis,—dijo balanceándose en la silla y mirándose seriamente la punta de los pies.—En primer lugar me hablaréis de las causas que movieron al Rey de Francia á tomar la cruz,—dijo levantando los ojos y se-



ñalando con el dedo el tintero;—después me explicaréis los rasgos generales y característicos de esta cruzada,—añadió haciendo con la mano un movimiento circular como si quisiese atrapar una mosca en el aire,—y finalmente me hablaréis de la influencia de esta expedición sobre los Estados europeos en general;—dijo golpeando con el cuaderno el borde de la mesa,—y sobre el Estado francés en particular,—concluyó dando un segundo golpe con el cuaderno en la mesa é inclinando la cabeza hacia la derecha.

Tragué varias veces saliva, tosí repetidamente é inclinando por fin á un lado la cabeza me quedé mudo. Después, tomando la pluma que estaba sobre la mesa me puse á hacerla pedazos y continué callado.

—Hacedme el favor, la pluma,—dijo el profesor alargando la mano,—podrá servirnos todavía. Y bien, qué me decís?

—San... San... San Luís era... era un sabio... un sabio y buen rey.

—Cómo decís?

—Un buen rey. Y tuvo la idea de ir á Jerusalén, y entregó entonces las riendas del gobierno á su madre.

—Cómo se llamaba su madre?

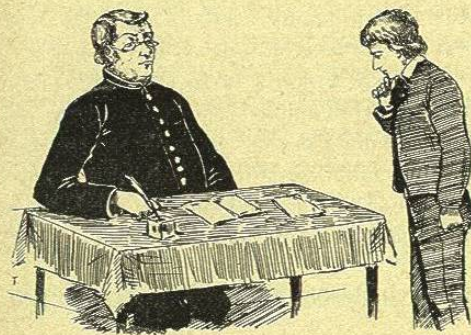
—Se llamaba B... Bla... Blanca.

—Cómo Bla-Blanca?

Yo me sonreí estúpidamente.

—Bien, y no habéis podido aun aprender nada más?

Nada tenía yo que perder ya, tosí dos ó tres veces y empecé á decir todo lo que se me vino á la cabeza. El profesor se callaba



y se entretenía en quitar el polvo de la mesa con la pluma que me había tomado de las manos. Me dirigía de vez en cuando miradas furtivas repitiendo: «Bien, muy bien!» Yo veía claramente que no sabía nada, que no decía más que disparates, y sentía al propio

tiempo una gran pena de que el maestro me escuchase en silencio y no me mandase callar.

—Por qué, pues, le vino á San Luís la idea de ir á Jerusalén?

—dijo al fin repitiendo mis propias palabras.

—Para... por... es que...

Me turbé totalmente, me callé y sentí en aquel punto que, aunque me estuviese mirando un siglo entero aquel miserable profesor, yo no podría pronunciar ya una sola palabra.

Así permaneció mirándome el maestro unos tres minutos; después, de pronto, hizo que expresase su rostro una profundísima tristeza y con voz por demás afligida dijo á Volodia, que en aquel punto entraba en la estancia.

—Dadme el cuaderno, voy á poner las notas.

Volodia se lo dió y con gran cuidado dejó también la estampilla al alcance de su mano.

El maestro abrió el cuaderno, con parsimonia hundió la pluma en la tinta y en la columna que correspondía á Volodia escribió un hermosísimo *cinco*; se detuvo entonces un momento, me miró, sacudió la tinta de la pluma y permaneció un instante pensativo.

Enseguida hizo con la mano un gesto imperceptible y en la columna que me correspondía apareció brevemente trazado un magnífico *uno* y un punto luego.

Cerró el maestro con gran precaución el cuaderno de notas, se levantó y se dirigió hacia la puerta, sin dejar entender por su impasibilidad que se hubiese fijado en mi mirada, que á un mismo tiempo expresaba la desesperación, la súplica y el desprecio.

—Mikhail Larionovitch!—dije.

—No,—exclamó él, comprendiendo lo que yo quería sin duda decirle.—No puede aprenderse así, no quiero ser pagado por nada.

El maestro tomó el sombrero, se puso el abrigo y se abrochó con gran cuidado. Cómo si fuese posible ocuparse en tales niñerías después dé lo que acababa de sucederme! A él no le hubiera costado más que un pequeño movimiento de la pluma, lo que para mí significaba la felicidad ó la mayor de las desdichas.

—Ha terminado la clase?—preguntó Saint-Jerôme entrando en la sala.

—Ha terminado,—dijo Volodia.

—Y el profesor ha quedado contento de vosotros?

—Sí,—contestó también Volodia.

—Qué nota os ha puesto?

—A mí *cinco*.

—Y á Nicolás?

Yo me callé.

—Cuatro, según creo,—hizo Volodia.

Comprendió que era necesario salvarme al menos por aquel día.



Que me castigasen, bueno; pero no en día que teníamos en casa convidados. Y entonces pronunció Saint-Jerôme, en francés, la frase sacramental:

—Vamos á ver, señores; arréglense un poco, y vamos abajo.



## XII

### La llavecita

A PENAS tuvimos tiempo de saludar á los invitados, que se nos llamó ya á la mesa. Papá estaba muy alegre—desde hacía tiempo ganaba mucho dinero en el juego.—Hizo á Lubotchka el regalo de un magnífico servicio de plata, y mientras comíamos se acordó de que se había dejado olvidada en su habitación una bombonera que había comprado para la fiesta.

—En vez de enviar allá un criado, será mejor que vayas tú, *Cocó*, —me dijo.—Hallarás las llaves en la mesa grande, en la pechina, ya sabes... Con la mayor abrirás el segundo cajón de la derecha, y en él encontrarás una bombonera y un paquete de bombones; te lo traerás todo aquí, deprisita, eh?

—Quieres que traiga también cigarros?—pregunté, sabiendo que siempre, después de comer, enviaba á alguno por ellos.

—Sí, trae también; pero cuidado con hacer ninguna maldad en mi despacho,—me gritó cuando yo salía ya del comedor.

En el lugar indicado encontré las llaves, y me disponía ya á abrir el cajón cuando me entraron ganas de saber qué clase de objeto podría abrir la llave más pequeña que había en el manajo.

Sobre la mesa, entre mil objetos diferentes, había una especie de cartera bordada y cerrada con un pequeñito candado; yo quise saber si la llavecita correspondía al mismo. La experiencia



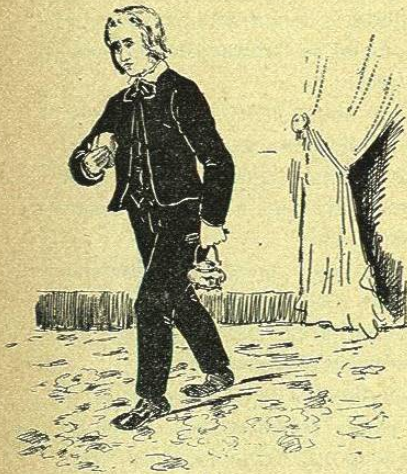
tuvo un completo éxito. La cartera se abrió y en ella encontré una multitud de papeles y documentos. El instinto de curiosidad me impulsó entonces con tanta fuerza que, sin escuchar la voz de la conciencia, me puse á examinar lo que en la cartera había.

El sentimiento infantil de gran respeto hacia las personas mayores, y en especial hacia mi padre, era en mí tan grande y tan fuerte que mi espíritu se negó involuntariamente á sacar cualesquiera conclusiones de lo que ví en la dicha cartera. Comprendí vagamente que papá viviría en esferas totalmente especiales, para mí desconocidas, muy hermosas tal vez, mas para mí totalmente inaccesibles, de modo que el solo intento de penetrar en los misterios de su vida sería por mi parte una especie de sacrilegio.

He aquí porque los extraordinarios descubrimientos que hice en la cartera de papá, no dejaron en mi inteligencia ninguna idea clara y precisa, aparte de la conciencia amarga de haber obrado mal. Me avergoncé de mí mismo y un gran malestar invadió mi espíritu.

Bajo la influencia de ese sentimiento, quise cerrar cuanto antes la cartera, pero evidentemente me estaba reservado padecer aquel día memorable el mayor número posible de desdichas.

Habiendo introducido la llavecita en el pequeño agujero de la cerradura, la hice girar en sentido contrario y creyendo que había



cerrado — oh, desdicha! — saqué la llave y en mis manos no quedó más que un pedacito de ella; el resto se quedó dentro, y mis esfuerzos fueron inútiles para sacar la otra mitad del interior del candado; hube de conformarme al fin con la horrible idea de que había cometido una nueva falta, un crimen tal vez, que aquel mismo día, apenas volviese papá á su despacho, quedaría descubierto.

«La queja de Mimi, el uno de la lección de historia, y la historia de la llavecita! En verdad que no podía ya suceder-

me nada peor. Todos iban á estar en contra mía: abuela por lo de Mimi, Saint-Jerôme por el uno, y papá por la llavecita... Y

todo eso caerá sobre mí antes, sin duda, de que la noche llegue.

«Qué será de mí?... Pero, qué es lo que he hecho, qué es lo que he hecho!...» iba yo diciendo en voz alta mientras daba grandes pasos, que apagaba la mullida alfombra del gabinete. «Bah! pensé luego, sacando del cajón la bombonera y los cigarros, *lo que haya de ser será*, no es posible la escapatoria...» y corrí hacia el comedor.

Esta sentencia fatalista, que aprendí de labios de Nikolai cuando era todavía muy pequeño, ha tenido en los momentos más difíciles de mi vida una influencia bienhechora y, siquiera por breves horas, ha obrado como un buen calmante del espíritu. Al entrar en el comedor me sentía un poco nervioso, inquieto, excitado, pero muy alegre.